



ROMANCE.

LOS AMORES DE LISI, Y ANFRISO, Y SORPRESA
de Cremona en la Italia, vanamente intentada por el
Principe Eugenio de Saboya, que mandaba en
Gefe las Tropas Alemanas en 1702.

PARTE PRIMERA.

ACía las aguas del Tajo
baxaba Anfriso una siesta,
sus bacas de dos en dos,
de ciento en ciento sus penas.
Penas de amor, y desdenes
son las que en el alma lleva,
que amor, y desdenes, saben
alojarse hasta en las selvas.
Buscando à Lisi venía,
à Lisi, Pastora bella,
que entre las Ninfas del Tajo
era honor de sus arenas;
pues donde quiera que pone
la planta, flores engendra;
flores, que de las del Mayo
embidia son, si no afrenta.
No vió Thesalia en sus montes,
no vió Chipre en sus florestas,
ni à Diana con mas desdenes,
ni à Venus con mas belleza.
En sus dos ojos amor
labró el oro de sus flechas,
mientras se engendraba el plomo
de su pecho en la aspereza.
No tiene pastor el Tajo,
que en su templo no la ofrezca,
al ayre ardientes suspiros,

al suelo lagrimas tiernas:
pero no hay pastor alguno;
que sus desdenes no sienta;
porque la encontraba sorda,
mas que marmol, à sus quejas.
En valle, y en monte à un tiempo
tristemente se lamentan,
yá en desentonadas voces,
yá en dulcisimas endechas:
y aunque las aguas, y vientos
las escuchan, y se enfrenan,
que armonías, y razones
tienen poderosa fuerza;
Lisi no las atendía
por ser igual la dureza
de su duro corazon,
aun con las mas duras piedras.
Arden los profundos valles,
arden las fragosas sierras,
arden los bosques sombríos,
arden las verdes riberas;
que los incendios de amor
ninguna cosa reservan,
pues alcanzan lo mas alto,
y lo mas fuerte sujetan.
No hay duro fresno sin nombre,
no hay blando chopo sin letra;

y



y Lisi responde un valle,
si Lisi otro valle suena.
Mas lagrimas, ni suspiros
en su pecho no hacen mella,
que es sordo, y duro su pecho,
mas que marmol, à las quexas.
Anfriso, y Lisi nacieron
en una pequeña Aldea,
à quien las aguas del Tajo
la doran, quando la argentan.
Aquí se criaron juntos,
jugando por la ribera
trás las verdinegras ranas,
que saltan de yerba en yerba.
Estos eran sus officios
en aquella edad primera,
en que apenas del discurso
sabe dar razon la lengua.
En edad yá mas lozana
su comun contento alternan
en el robusto exercicio
de la caza, y de la pesca:
ù de este trato al influxo,
ò al destino de su estrella,
aunque no son menestér
para amar una belleza;
en el corazon de Anfriso
amor su poder obstenta,
haciendo que Lisi reyne
por alma que lo gobierna.
Para esposa la quería,
mas ella su amor desdeña,
que blasonaba de libre,
quanto él de esclavo se precia.
Hallóla al fin, que tegiendo
estaba en aquella siesta
bien matizada guirnalda
de alhelies, y violetas;
que sirviera de corona
sobre su rubia madeja,

puesto que de la hermosura
amor la juró por Reyna.
Yá de amor, yá de respeto
quedan parados al verla
bacas, y baquero, y de este
se suspendieron las penas.
Miróle Lisi, y al punto
con la libertad modesta,
que su recato permite,
y la soledad franquéa:
¡Quánto me alegro de verte!
(le dice) llegate, y dexa
à tu ganado que ande
errando de yerba en yerba.
Escuchame, pues que callan
los vientos en la floresta,
y mansamente las aguas
se deslizan por la arena.
Tu amor, de mí no ignorado,
me deberá la fineza
de un amargo desengaño,
yá que no dulces ternezas.
Yo he nacido tan altiva,
aunque en cuna bien grosera,
que solo à mi pensamiento
mi sér juzgo que le deba.
Quanto veo, quanto toco,
y quanto oygo en mi Aldéa,
todo me fastidia, todo
me ofende, y aun me atormenta.
Aquel torpe desaliño
que en los Pastores se muestra,
yá en el dia de trabajo,
y yá en el dia de fiesta,
de cordellate el vestido,
la camisa de parella,
abarca en véz de zapato,
en véz de plumas montera:
aquellas frases tan toscas
con que à sus novias requiebran,
que

que mas que dulzuras , son
amarguras , y asperezas:
tanto enfadan mis sentidos,
tanto agravian mis potencias,
que por no verlo , ni oirlas,
ni haver nacido quisiera.
Esta repugnancia en mí
es dictamen de mi estrella,
ò por mejor decir , es
de mi razon conseqüencia.
Y así , te cansas en vano
en galantearme , dexa
que siga mi pensamiento,
pues tanto trás sí me lleva.
Si quisieres conquistar
de mi pecho la entereza,
con el acero ha de ser,
que es de bronce , no de cera.
Hablarle quiero mas claro,
para que mejor me entiendas:
sál de esta esfera infelice,
y asciende à mejor esfera.
La fortuna à fuer de Dama
de desdeñosa se precia,
y solo à los atrevidos
sus favores se franquéan.
Dexa de seguir las bacas
por esta verde ribera;
procura seguir las Armas
por la campaña sangrienta:
que si por tu valor subes
à puesto , que te ennoblezca,
tu amor en mi corazon
abrirá entonces la brecha.
Pues el querer de otra suerte
ablandarme con ternezas,
es querer vencer con agua
del pedernal la dureza.
Esto le dixo , y al punto
con bien presurosas huellas

dexó burladas de Anfriso
esperanzas , y finezas.
Quedó el joven zozobrando
en un pielago de penas,
como nave , que há perdido
del norte la fixa estrella;
y en torbellinos de espumas,
sin rumbo , guía , ni senda,
yá el Abismo toca el buque,
yá el Cielo el velamen besa.
No de otra manera Anfriso,
entre contrarias violencias
de esperanzas , y temores,
yá desmaya , yá se alienta;
yá determína quedarse,
y yá à seguirla se arriesga;
bien que el corazon la sigue,
quedando la planta quieta.
Pero sacudiendo al fin
aquellas fuertes cadenas
con que la esquivéz de Lisi
enlazó pasos , y lengua.
Detente , espera , la dice:
¿ Adónde tan velóz buelas?
¿ Si así huyes de quien te quiere,
qué harás de quien te aborrezca?
Buelve , buelve , bella ingrata,
tan ingrata , como bella,
los ojos à este infelice,
que tu desdén muerto dexa.
Muerto quedo , pues contigo
el alma toda me llevas,
ò por decirlo mejor,
ella trás tí misma buela.
¿ Por humilde , y abatido,
cruelmente me desprecias,
siendo tan rico mi amor,
y tan noble mi fineza?
¡ Oh , dichosa edad del oro;
que ignoró la infausta fuerza

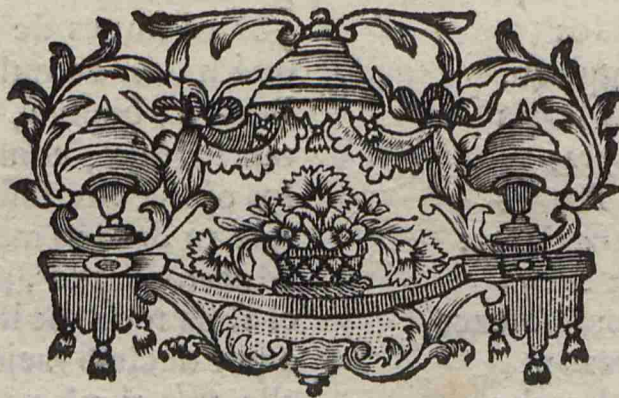
del

del oro, que estaba oculto
en el centro de la tierra!
En aquel felice tiempo
se debia la nobleza
à la virtud que se adquiere,
no à los timbres que se heredan.
¿ Mas para qué me dilato
en tan inutiles queexas,
si un error envejecido
no puede tener enmienda?
El amor que tengo à Lisi

à que siga me violenta,
ò la razon que la mueve,
ò el capricho que la fuerza.
Quedate à Dios, Patria amada,
que ya de tí me destierra
nuevo objeto que me arrastra,
alto asunto que me empeña.
Quedate à Dios, y él permita
que otra vez à verte buelva
coronado de laureles,
que à los pies de Lisi ofrezca.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid en la Imprenta de Antonio Marin,
año de 1770.



✱
ROMANCE,
EN QUE SE CONTINUAN LOS AMORES DE LISI,
y Anfriso, y Sorpresa de Cremona.

PARTE SEGUNDA.

Apenas al otro día,
dexando el hundoso lecho,
por la puerta del Oriente
salió el Sol medio despierto;
y tropezando entre riscos
escaló con pasos tiernos
las mas empinadas cumbres,
que escandalo son del viento:
quando Anfriso abandonando,
por amor, ò por despecho,
de su Aldéa, y su Cabaña
el siempre dulce sosiego:
partió buscando la guerra,
como si dentro del pecho
no llevará otra mayor,
que la del plomo, y acero:
solo, pensativo, y triste,
que son notables extremos,
queriendo que su fortuna
mudase de tierra, y Cielo:
llegó à Cartagena, en donde
à Italia se embarcó luego,
que entonces era de Marte
el theatro mas sangriento.
Y confiado al destino
de las hondas, y los vientos,
dexando el alma en España,
llevó à Italia solo el cuerpo.
Solo el cuerpo llevó à Italia,
que el alma quedó en el templo
de la hermosura de Lisi,
ò por voto, ò por trofeo.
Apenas, pues, de la playa

tocó el mal enjuto suelo,
que à la fiereza del mar
es de arenas duro freno,
quando le dán por destino,
fuese acaso, ò fuese acierto,
la Guarnicion de Cremona,
que no está de Mantua lexos.
Mantua, la mas fuerte Plaza
de la Italia, en aquel tiempo
al duro yugo gemía
de un bien estrecho bloqueo.
Los Alemanes, mandados
por el gran Principe Eugenio,
que fue sin duda en sus dias
de Marte el brazo derecho,
aunque sitiaria intentaron,
al fin no se resolvieron,
por hacerla inexpugnable,
las ventajas del terreno;
y el Mariscal de Tesé,
en quien unirse supieron,
con hermoso maridage,
valor, prudencia, y consejo;
estaba à aquella sazón
con doce mil hombres dentro,
bastantes para defensa,
y sobrados para miedo:
y asi en estas circunstancias
meditó el Principe Eugenio,
para tomar à Cremona,
aplicar todo su esfuerzo.
Cremona abrigaba entonces
piadosamente en su seno

un



un aspid , que contra ella
supo abortar el veneno.
Tal fue un aleve vecino,
à quien el torpe pretexto
de mejorar de fortuna,
le sugirió infames medios.
Desde su casa , que estaba
de la muralla no lexos,
se dilataba hasta el campo
oculto un conducto viejo,
por donde se desaguaba
la Ciudad en otro tiempo,
aunque por falta del uso
estaba yá casi ciego.
Dió quenta à los Alemanes,
por aquel sitio ofreciendo
segura entrada , y hacerles
de aquella Guarnicion dueños.
Acetado este partido,
¿ cuánto en los humanos pechos
la sagrada hambre del oro
usurpa tyrano Imperio?
Quando yá la obscura noche
vertía en nuestro Emisferio,
del cóncavo de la Luna,
silencio , quietud , y sueño,
y despeñadas las sombras,
unas sobre otras cayendo,
humildes valles igualan
con los montes mas sobervios:
por el conducto introduxo
en Cremona unos seiscientos
Soldados , aun mas armados
del valor , que del acero.
Con dudosos pasos entran,
por no alterar el silencio,
ni despertar el cuidado,
que duerme sobre el recelo.
Dán muerte à las Centinelas,
y à todo trance resueltos,

acercandose ázia el muro,
la vecina puerta abrieron,
dando entrada à seis mil hombres,
que con el Principe Eugenio
à la Ciudad acometen,
sepultada en vino , y sueño.
La obscuridad de las sombras,
la ignorancia del terreno
ofrecen à cada paso,
yá sustos , y yá tropiezos;
mas como de la tardanza
no está muy distante el riesgo,
el primer bastion que encuentran
atacan con ardimiento.
Aqui se empezó à trabár
un combate , aunque pequeño,
que à toda la Guarnicion
poner pudo en movimiento.
Cada uno tomó sus armas,
cada uno acudió à su puestos;
todo era gritos , y asombro;
todo era furor , y estruendo.
La confusion ocupaba
por todas partes el Pueblo,
y en todas partes prendió
de Marte el voráz incendio.
La accion fue dura , y dificil,
dudoso el choque , y sangriento;
cada encuentro era un peligro,
y cada golpe era un yerro.
A las sombras de la noche
vestir supo de horror nuevo
la polvora fulminada,
con sus nubes de humo denso.
Unos à otros se herían
los que eran de un mismo gremio,
ò yá disparando el plomo,
ò yá esgrimiendo el acero.
Y en fin todos los Soldados,
ciegos de colera , y miedo,

aun

aun mejor que pelear,
buscar la muerte supieron.
El Duque de Villaroy,
varon de zelo y aliento,
aunque siempre fue mirado
de la fortuna con ceño,
que de unos ocho mil hombres,
tan valientes como diestros,
que estaban de guarnicion,
regía el militar freno:
al estruendo de las armas
dexó el bien mullido lecho,
y de su casa salió
mal vestido, y mal despierto.
Dió en manos del enemigo,
que conociendole luego,
antes que le socorrieran,
le embió à su campo preso.
Mas Don Diego de la Concha,
de cuyo diestro manejo
aquella Plaza fiaba
la rienda de su gobierno,
acometió al Alemán,
con tan valiente ardimiento,
que le obligó à que perdiese
muchos pasos del terreno.
Sin embargo, fueron tantos
los enemigos aceros
que las puntas, y los filos
contra Don Diego esgrimieron,
que llegó à caer en tierra,
todo de heridas cubierto,
faltas de sangre sus venas,
mas no de valor el pecho.
La sangrienta muerte solo
logró triunfar de su esfuerzo,
pero à su gloriosa diestra
quitar no pudo el acero:
pues sin dexar de empuñarlo,
exhaló el postrero aliento.

¡ Oh valeroso Español,
digno de renombre eterno!
Estrecha será à tu fama
toda la region del viento,
que se han de escribir tus glorias
en el Zafir con luceros.
Apenas, pues, la confusa
luz del primero esperezo
con que empieza à sacudirse
el Sol del pesado sueño,
rayaba las altas cumbres
de los montes mas sobervios,
tan tibia, que se dudaba
si era luz, ò era reflexo:
quando el Theniente de Rey,
Soldado valiente, y diestro,
que yá havia sucedido
del Presidio en el gobierno,
juntando toda su Tropa,
la infundió tan fuerte aliento,
que acometió al enemigo,
yá casi en desorden puesto,
del trabajo fatigado,
falto de espiritu, y sueño,
y por bien abiertas bocas
el rojo humor escupiendo.
El fuego de la Batalla
bolvióse à encender de nuevo,
prendiendo por todas partes
mas voráz, y mas sangriento.
La muerte, auxiliar de Marte,
blandiendo el funesto acero,
estragos multiplicaba
en cada calle del Pueblo.
La Nobleza de Cremona,
animada de su aliento,
porque siempre en la Nobleza
es el valor uno mismo;
acudió pronta al socorro
con espiritu resuelto,

yá



yá despreciando el peligro,
yá olvidandose del riesgo.
Viendose por todas partes
cercado el Principe Eugenio,
à paso lento se acerca,
retirandose, no huyendo,
ázia la puerta, que entrada
le dió facil en el Pueblo,
y que una vez ocupada
mantuvo valiente, y cuerdo.
Si se ha entregado à la fuga,
sobresaltado del miedo,
hubiera sido la fuga
tumba de su atrevimiento.
Le dió la entrada en Cremona
de valiente el nombre excelso,
pero en esta retirada
adquirir supo él de diestro.
Apagaba yá sus luces
en el humido elemento
el Sol, quando de Cremona
los Alemanes salieron,
perseguidos, bien que en vano,
de nuestra Tropa, pues fueron
amparados de la noche,
con el denso obscuro velo:
que luego que à desplegarse
llegó en la region del viento,
sacudió por todo el Campo
sombrias, horrores, y miedos.
En esta pequeña accion
los Alemanes tuvieron
mas valerosa osadia,
que afortunado suceso:
pero no muy poca gloria
los de Cremona, venciendo,
quando fueron sorprendidos,
y eran en numero menos.
En este combate, pues,

tan porfiado, y sangriento,
llegó à señalarse tanto
de Anfriso el valiente esfuerzo,
que fue en su diestra su espada
relampago, rayo, y trueno,
que bibró en amago, y golpe
la muerte, el estrago, el miedo;
y de esta suerte pisó
aquel escalon primero,
que facilita la entrada
del honor al sacro templo;
pero despues poco à poco
adelantó sus ascensos
con su valor, ensalzando
su abatido nacimiento.
Tres veces con alta nieve
los montes cubrió el Invierno,
y las fugitivas hondas
calmó en prisiones de hielo,
despues que resuelto Anfriso
partió de su patrio suelo,
duros desdenes de Lisi,
à llorar en el ageno,
hasta que tuvo la dicha
de bolver à verle, à tiempo
que bolvia coronado
de honor, laureles, y premios.
Halló à su querida Lisi
siendo gloria de aquel Pueblo,
y de las armas de Amor
dardo del mayor veneno.
Recibióle con agrado,
coronandole su cuello,
no con las ramas de Dafne,
sí con los brazos de Phebo,
En fin, entrambas cervices
gustosamente rindieron
à las doradas lazadas,
que estrecha el sacro Himeneo.

Con Privilegio : En Madrid en la Imprenta de Antonio
Marin, año de 1770.